

# Del Dragón al Platillo Volador

613

por Sebastián Salazar Bondy

Bastó que al doctor Jung lo hicieran decir que creía seriamente en la existencia de los platillos voladores para que innumerables personas reafirmaran su fe en la existencia de tales naves misteriosas y, además, en su origen extraterrestre. Jung ahora aclara que no dijo nunca lo que cierto cable le atribuyó. ¿Disminuirá o desaparecerá por eso la convicción de dichas gentes en la presencia en nuestro planeta de observadores siderales? ¿Perderá esa parte crédula del mundo su idea de que estamos prontos a recibir la visita de seres procedentes de las estrellas, supercivilizados y magníficos, capaces de domar la inquieta rebeldía del hombre con un mensaje de paz culta, tecnificada, perfecta? Lo más probable es que sigan pensando en el advenimiento de esa humanidad arquetípica que la imaginación del hombre terrestre sitúa debajo o sobre los medios en donde habita cotidianamente.

Siempre, de otra parte, ha sido así. Jung alude con razón al mito al referirse a las cosas que tantos ven en el firmamento. Desde la primera edad, el ser humano ha visto entes, objetos, imágenes, una variedad de cosas que en la realidad no existieron jamás, y hasta les ha dado vigencia. Jorge Luis Borges ha coleccionado, por ejemplo, en un librito encantador, los animales fantásticos que la mente del hombre ha creado y ha aceptado como verdaderos: el dragón, el fénix, el unicornio, etc., entre los más difundidos. La literatura de los pueblos jóvenes ha elaborado, asimismo, gigantes, enanos, ninfas, sirenas, personajes angélicos y demoníacos que viven en la noche, en los bosques, en las aguas, en las montañas, en los desiertos. Las sagas escandinavas inven-

taron los elfos, las hadas, los trolés, los gnomos, en tanto los pueblos latinos concibieron incubos y súcubos impertinentes que mortificaron la paciencia de las buenas gentes. Los marinos de los pueblos navegantes tienen toda una vasta suerte de zoología monstruosa que amenaza el curso de los barcos en el centro solitario de los océanos, y las naciones montañosas rinden culto a las aves que se pierden en la vastedad de los cielos, en cuyos castillos fabulosos reina la paz o el pavor. La idea de una vida sobrenatural ha determina-



do la población fantasmal de los castillos, los homúnculos de las profundas minas, las delicadas presencias de las florestas intrincadas. Los campesinos del Ande peruano hablan, entre otras apariciones, del carbunclo —que Borges olvidó en su inventario—, puma que lleva una piedra luminosa en la frente, con la cual ciega a los cazadores.

Los platillos son un mito típico de nuestro tiempo. La imaginación ha dado un salto hacia el firmamento, hacia el inaprensible universo de los planetas y las estrellas, y ahí ha colocado su sueño. El adelanto

técnico del siglo le ha abierto la puerta de un misterio y por ella ha penetrado su fantasía. Lo que hay más allá de la atmósfera no puede ser la nada, como no podía antes ser la nada lo que guardaban los mares en sus simas, las cumbres en su corazón, las selvas en sus inexpugnables secretos. Al levantar los ojos hacia la bóveda azul, quieta como siempre, el hombre sabe ahora que esa quietud ha sido hollada, que satélites y máquinas teledirigidas la pueden circular, vencer, conquistar. Entonces, en ese ámbito, localiza sus lucubraciones colmándolo de seres y cosas deslumbrantes. Los platillos son los dragones de este tiempo.

Pero no vayamos, en este propósito racional, a pecar de escépticos. Bien se sabe que los muy incrédulos se rieron del fonógrafo, dijeron que la electricidad era una tontería y cuando miraron el primer tren o el primer automóvil afirmaron que nada nunca podría reemplazar la tracción a sangre. Hay gente que ven platillos que no son platillos, sino aviones, estrellas, meteoros. Hay también quienes proyectan una alucinación y la convierten en un platillo. Pero, ¿no hay un 9 por ciento —según la Organización de Investigación de los Fenómenos Aéreos— que realmente ha contemplado en el espacio unas naves circulares, de verdoso o azulado esplendor, que se mueven con parsimonia sorprendente? Pongamos al margen este porcentaje de historias verosímiles y opinemos —para evitarnos el ridículo si alguna vez los platillos voladores son visitantes del más allá celeste— que hay que juzgar con menos rigor a una parte de los que miran y ven el arribo de la superhumanidad del firmamento.

L.P. 14/08/1958 p10